

Edgar Allan Poe

Selección de poesías

Colección Poesía

 libros
en red

Selección de poesías

Edgar Allan Poe

Colección
Poesías



www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera
Armado de Interiores: Vanesa L. Rivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

ÍNDICE

Un sueño dentro de un sueño...	5
Annabel Lee...	7
Ojalá mi joven vida fuera un sueño duradero...	9
Tu alma se encontrará sola entre las cosas...	11
El día más feliz, La hora más feliz...	13
De todos cuantos anhelan tu presencia...	14
Lucero vespertino...	15
Las enramadas donde veo...	16
Alegre río, tu cristalino fulgor...	17
No me aflige que mi cuota de mundo...	18
Es tu hermosura, Elena...	19
El valle de la inquietud...	20
Sólo...	22
La durmiente...	23
Te vi una vez, una sola...	27
Leonora...	30
El cuervo...	33
Las campanas...	38
Acerca del Autor	45
Editorial LibrosEnRed	46

UN SUEÑO DENTRO DE UN SUEÑO...

¡Recibe en la frente este beso!
Y, por librarme de un peso
Antes de partir, confieso
Que acertaste si creías
Que han sido un sueño mis días;
¿Pero es acaso menos grave
Que la esperanza se acabe
De noche o a pleno sol,
Con o sin una visión?
Hasta nuestro último empeño
Es sólo un sueño en un sueño.

Me encuentro en la costa fría
Que agita la mar bravía,
Oprimiendo entre mis manos,
Como arena, oro en granos.
¡Qué pocos son! Y allí mismo,
De mis dedos al abismo
Se desliza mi tesoro
Mientras lloro, ¡mientras lloro!,
¿Evitaré ¡oh Dios! su suerte
Oprimiéndolos más fuerte?
¿Del vacío despiadado
Ni uno solo habré salvado?

Edgar Allan Poe

¿Cuánto hay de grande o de pequeño?

¿Es solo un sueño dentro de un sueño?

ANNABEL LEE...

Hace muchos, muchos años, en un reino junto al mar,
Habitaba una doncella cuyo nombre os he de dar,
Y el nombre que daros puedo es el de Annabel Lee,
Quien vivía para amarme y ser amada por mí.

Yo era un niño y era ella una niña, junto al mar,
En el reino prodigioso que os acabo de evocar.
Más nuestro amor fue tan grande como jamás yo presentí,
Más que amor compartimos, yo y mi bella Annabel Lee,
Y los nobles de su estirpe de abolengo señorial,
Los ángeles en el cielo envidiaban tal amor,
Los alados serafines nos miraban con rencor.

Aquel fue el solo motivo, ¡hace tanto tiempo ya!,
Por el cual, de los confines del océano y más allá,
Un gélido viento vino de una nube y yo sentí
Congelarse entre mis brazos a mi bella Annabel Lee.

La arrancaron de mi lado en solemne funeral,
A encerrarla la llevaron por la orilla de la mar
A un sepulcro en ese reino que se alza junto al mar,
Los arcángeles que no eran tan felices como nosotros dos,
Con envidia nos miraban desde el reino que es de Dios.

Edgar Allan Poe

Ese fue el solo motivo, bien lo podéis preguntar,
Pues lo saben los hidalgos de aquel reino junto al mar,
Por el cual un viento vino de una nube carmesí
Congelando una noche a mi bella Annabel Lee.

Nuestro amor era tan grande y aún más firme en su candor
Que aquel de nuestros mayores, más sabios en el amor.
Ni los ángeles que moran en su cielo tutelar,
Ni los demonios que habitan negros abismos bajo el mar
Podrán apartarme nunca del alma que mora en mí, Espíritu luminoso
De mi bella Annabel Lee.

Pues los astros no se elevan sin traerme la mirada
Celestial que, yo adivino, son los ojos de mi amada.
Y la luna vaporosa jamás brilla baladí,
Pues su fulgor es ensueño de mi bella Annabel Lee.

Yazgo al lado de mi amada, mi novia bien amada,
Mientras retumba en la playa la nocturna marejada,
Yazgo en su tumba labrada cerca del mar rumoroso,
En su sepulcro a la orilla del océano proceloso.

OJALÁ MI JOVEN VIDA FUERA UN SUEÑO DURADERO...

¡Ojalá mi joven vida fuera un sueño duradero!
Y mi espíritu durmiera hasta que el rayo certero
De una eternidad anunciara el nuevo día.
¡Sí! Aunque el largo sueño fuera de agonía
Siempre sería mejor que estar despierto
Para quien tuvo, desde el nacimiento
En el dulce tierra, el corazón
Prisionero del caos de la pasión.

Mas si ese sueño persistiera eternamente
Como los sueños infantiles en mi mente
Solían persistir, si eso ocurriera,
Sería ridículo esperar una quimera.
Porque he soñado que el sol resplandecía
En el cielo estival, lleno de luz bravía
Y de belleza, y mi corazón he paseado
Por climas remotos e inventados,
Junto a seres imaginarios, sólo previstos
Por mí... ¿qué más podría haber visto?

Pero una vez, una única vez, y ya no olvidaré
Aquel bárbaro momento, un poder o no se qué
Hechizo me ciñó, o fue que el viento helado
Sopló de noche y al marchar dejó grabado

Edgar Allan Poe

En mi espíritu su rastro, o fue la Luna
Que brilló en mis sueños con especial fortuna
Y frialdad, o las estrellas... en cualquier caso
El sueño fue como ese viento: démosle paso.

Yo he sido feliz, pues, aunque el sistema
Fuera un sueño. Fui feliz, y adoro el tema:
¡Sueños! Tanto por su intenso colorido
Que oponen a lo real, y porque al ojo delirante
Ofrecen cosas más bellas y abundantes
Del paraíso y del amor, ¡y todas nuestras!
Que la esperanza joven en sus mejores muestras.

TU ALMA SE ENCONTRARÁ SOLA ENTRE LAS COSAS...

I

Tu alma se encontrará sola entre las cosas,
Entre oscuros pensamientos de fúnebres losas...
De todo el gentío, nadie en verdad
Invadirá tu hora de intimidad.

II

No rompas el silencio de esa quietud
Que no es exactamente soledad...
Los espíritus de los muertos que en vida
Conociste, ahora, en la muerte, volverán
A rodearte, y su deseo por completo
Te eclipsará: mantente quieto.

III

En la noche prístina pero severa
Las estrellas, desde su celeste esfera,
No irradiarán hacia estos arrabales
Su luz de esperanza a los mortales...
En cambio, sus órbitas rojizas
Serán como una opaca y enfermiza

Edgar Allan Poe

Quemazón, una fiebre inclemente
Que azotará tu fatiga eternamente.

IV

Ahora habrá ideas que ya no ahuyentarás
Y visiones que nunca desvanecerse verás...
Ya no pasarán por tu espíritu postrado
Como gotas de rocío por un prado.

V

La brisa, aliento de Dios, se aquieta
Y la bruma que cubre la silueta
De la colina, sombría pero intacta,
Es un símbolo y una señal exacta...
Como flota los árboles frondosos:
¡He ahí un misterio prodigioso!

EL DÍA MÁS FELIZ, LA HORA MÁS FELIZ...

El día más feliz... la hora más feliz
Mi marchito y estéril corazón conoció;
El más noble anhelo de gloria y de virtud
Siento que ya desapareció.
¿De virtud, dije? ¡Sí, así es,
Pero, ay, se han desvanecido para siempre.
Eran el sueño de mi juventud...
Mas dejadlos ya esfumarse.

Y tú, orgullo, ¿qué me importas ahora?
Aunque pudiera heredar otro rostro,
El veneno que has vertido en mí
¡Permanecerá siempre en mi espíritu!
El día más feliz... la hora más feliz
verán mis ojos... sí, los han visto;
La más resplandeciente mirada de gloria y de virtud
Siento que ha sido.
Pero existió aquel anhelo de gloria y de virtud,
Ahora inmolado con dolor:
Incluso entonces sentí... que la hora más dulce
No volvería de nuevo,
Pues sobre sus alas se cernía densa oscuridad,
Y mientras se agitaba... se desplomó un ser
Tan poderoso como para destruir
A un alma a quien conocía bien.

DE TODOS CUANTOS ANHELAN TU PRESENCIA...

De todos cuantos anhelan tu presencia como una mañana,
De todos cuantos padecen tu ausencia como una noche,
Como el destierro inapelable del sol sagrado
Allende el firmamento; de todos los dolientes que a cada instante
Te bendicen por la esperanza, por la vida, ah, y sobre todo,
Por haberles devuelto la fe extraviada, enterrada
En la verdad, en la virtud, en la raza del hombre...

De todos aquellos que, cuando agonizaban en el lecho impío
De la desesperanza, se han incorporado de pronto
Al oírte susurrar con dulzura: "¡Que haya luz!",
Al oírte susurrar esas palabras acentuadas
Por el sereno brillo de tus ojos...

De todos tus numerosos deudores, cuya gratitud
Raya la veneración, recuerda, oh, no olvides nunca
A tu devoto más ferviente, al más incondicional,
Y piensa que estas líneas vacilantes las habrá escrito él,
Ese que ahora, al escribirlas, se emociona pensando
Que su espíritu comulga con el espíritu de un ángel.

LUCERO VESPERTINO...

Ocurrió una medianoche
A mediados de verano;
Lucían pálidas las estrellas
Tras el potente halo
De una Luna clara y fría
Que iluminaba las olas
Rodeada de planetas,
Esclavas de su señora.
Detuve mi mirada
En su sonrisa helada
Demasiado helada para mí;
Una nube le puso un velo
De lanudo terciopelo
Y entonces me fijé en ti.
Lucero orgulloso,
Remoto, glorioso,
Yo que siempre tu brillo preferí;
Pues mi alma jalea
La orgullosa tarea
Que cumples de la noche a la mañana
Y admiro más, desde luego,
Tu lejanísimo fuego
Que esa otra luz, más fría, más cercana.

LAS ENRAMADAS DONDE VEO...

Las enramadas donde veo,
En sueños, las más variadas
Aves cantoras, son labios y son
Tus musicales palabras susurradas.

Tus ojos, entronizados en el cielo,
Caen al fin desesperadamente,
¡Oh Dios!, en mi fúnerea mente
Como luz de estrellas sobre un velo.

Oh tu corazón... suspiro al despertar
Y duermo para soñar hasta que raya el día
En la verdad que el oro jamás podrá comprar
Y en las bagatelas que sí podría.

ALEGRE RÍO, TU CRISTALINO FULGOR...

Alegre río, tu cristalino fulgor,
Tu curso límpido, tu agua errante,
Son un emblema invocador
De la belleza: el corazón abierto,
el risueño serpenteo del arte
En la hija del viejo Alberto.
Mas cuando ella en ti se mira y, de repente,
Tus aguas se iluminan y estremecen,
Entonces, ay, el más bello torrente
Y su humilde devoto se parecen;
Pues ambos llevan su imagen anclada,
Unos en el cauce, otro en el corazón...
En ese corazón que su mirada
Intensa, honda, enciende de emoción.

Edgar Allan Poe

NO ME AFLIGE QUE MI CUOTA DE MUNDO...

No me aflige que mi cuota de mundo
Tenga poco de terrenal en ella;
Ni que años de amor, en un segundo
De rencor, se esfumen sin dejar huella.
No lamento que los desvalidos
Sean, querida, más dichosos que yo,
Pero sí que sufras por mi destino,
Siendo pasajero como soy.

ES TU HERMOSURA, ELENA...

Es tu hermosura, Elena,
Como esas naves niceas de antes
Que por la mar calma y fragante
Llevaban a su nativa arena
Al exhausto navegante.

Perdido entre olas y zozobras vanas,
Tu pelo de jacinto, tu clásica belleza,
Tu aire de náyade galana
Me traen de vuelta a la gloriosa Grecia
Y a la grandeza romana.

¡Mira! ¡En tu nicho de cristal pulido
La lámpara de ágata levantas
Y tu figura de estatua se agiganta!
¡Ah Psique, tú que has venido
De tierras sacrosantas!

EL VALLE DE LA INQUIETUD...

Antes, un silencioso valle sonreía
Cuando la gente en él no moraba,
Pues habían partido hacia la guerra
Confiando su cuidado a las plácidas estrellas
Que vigilaban desde sus azules torres.
Velaban por las flores,
Entre las cuales todo el día
Ponía el sol perezosamente su luz.

Ahora, cada visitante confesará
La triste intranquilidad del valle.
Todo existe allí sin movimiento,
Todo salvo los aires que cobija
La mágica soledad. ¡Ah, ningún viento
Aquellos árboles seculares agita!,
Estremecidos como los helados mares
En torno de las hébridas brumas!
¡Ah! ningún viento anima aquellas nubes
Que cruzan el inquieto firmamento
Veloces, eternamente rumorosas,
Sobre las violetas que allí aparecen
A la mirada, en miríadas de tipos,
Sobre los lirios que se mecen
Y lloran sobre la tumba innominada.

Mecen, desde fuera si, fragante cáliz,
Eternos rocíos derramándose en gotas.
Lloran, de sus dulces yemas,
Lágrimas perennes que descienden en forma de gemas.

SÓLO...

Desde mi hora más tierna no he sido
Como otros fueron, no he percibido
Como otros vieron, no pude extraer
Del mismo arroyo mi placer,
Ni de la misma fuente ha brotado
Mi desconsuelo; no he logrado
Hacer vibrar mi corazón al mismo tono
Y, si algo he amado, lo he amado sólo.

Entonces, en mi infancia, en el albor
De una vida tormentosa, del crisol
Del bien y el mal, de su raíz misma
Surgió el misterio que aún me abisma:
Desde el venero o el vado,
Desde el rojo acantilado,
Desde el sol que me envolvía
En otoño con su pátina bruñida,
Desde el rayo electrizante
que me rozó, seco y rasante,
Desde el trueno y la tormenta,
Y la nube cenicienta
Que, en el cielo transparente,
Formó un demonio en mi mente.

LA DURMIENTE...

Era la medianoche, en junio, tibia, bruna.
Yo estaba bajo un rayo de mística luna,
Que de su blanco disco como un encantamiento
Vertía sobre el valle un vapor soñoliento.

Dormitaba en las tumbas el romero fragante,
Y al lago se inclinaba el lirio agonizante,
Y envueltas en la niebla en el ropaje acuoso,
Las ruinas descansaban en vetusto reposo.
¡Mirad! También el lago semejante al Leteo
Dormita entre las sombras con lento cabeceo,
Y del sopor consciente despertarse no quiere
Al mundo que en torno lánguidamente muere.

Duerme toda belleza y ved dónde reposa
Irene, dulcemente, en calma deleitosa.
Con la ventana abierta a los cielos serenos,
De claros luminares y de misterios llenos.
¡Oh, mi gentil señora! ¿no te asalta el espanto?
¿Por qué está tu ventana así, en la noche, abierta?
Los aires presurosos desde el bosque frondoso,
Risueños y lascivos en tropel rumoroso
Inundan tu aposento y agitan la cortina
Del lecho en que tu hermosa cabeza se reclina,

Sobre los bellos ojos de copiosas pestañas,
Tras los que el alma duerme en regiones extrañas,
Como fantasmas tétricos, por el sueño y los muros
Se deslizan las sombras de perfiles oscuros.

¡Oh, mi gentil señora! ¿no te asalta el espanto?
¿Cuál es, di, de tu ensueño el poderoso encanto?
Debes de haber venido de los lejanos mares
A este jardín hermoso de troncos seculares.
Extraños son, mujer, tu palidez, tu traje,
Y de tus largas trenzas el flotante homenaje,
Pero aún es más extraño el silencio solemne
En que envuelves tu sueño misterioso y perenne.

La dama gentil duerme. ¡Que duerma para el mundo!
Todo lo que es eterno tiene que ser profundo.
El cielo lo ha amparado bajo su dulce manto,
Trocando este aposento por otro que es más santo,
Y que es también más triste, el lecho en que reposa.
Yo le ruego al Señor, que, con mano piadosa,
La deje descansar con sueño no turbado,
Mientras los difuntos desfilan por su lado.

Ella duerme, amor mío. ¡Oh! mi alma le desea
Que así como es eterno, profundo el sueño sea;
Que los viles gusanos se arrastren suavemente
En torno de sus manos y en torno de su frente;
Que en la lejana selva, sombría y centenaria,
Le alcen una alta tumba tranquila y solitaria,
Donde floten al viento, altivos y triunfales,

De su ilustre familia los paños funerales;
Una lejana tumba, a cuya puerta fuerte
Piedras tiró de niña, sin temor a la muerte,
Y a cuyo duro bronce no arrancará más sonos,
Ni los fúnebres ecos de tan tristes mansiones.
¡Qué triste imaginarse, pobre hija del pecado,
Que el sonido fatídico a la puerta arrancado,
Y que quizá con gozo resonara en tu oído,
de la muerte terrorífica era el triste gemido!

* ESPÍRITU De La NoChe...

Tu alma, en la tumba de piedra gris
Estará a solas con sus tristes pensamientos.
Ningun ser humano te espíará
A la hora de tu secreto.
¡Permanece callado en esa soledad!
No estás completamente abandonado:
Los espíritus de la muerte, en la vida te buscan
Y en la muerte te rodean.

Te cubrirán de sombras, ¡permanece callado!
La noche, tan clara, se oscurecerá
Y las estrellas no mirarán más la tierra,
Desde sus altísimos tronos en el cielo,
Con su luz de esperanza para los mortales.
Pero sus globos rojos apagados,
En tu hastío, tendrán la forma

Edgar Allan Poe

De un incendio y de una fiebre
Que te poseerán para siempre.
De tu espíritu no podrás desechar las visiones,
Que ahora no serán rocío sobre la hierba.
La brisa, aliento de Dios, es silenciosa,
Y la niebla sobre la colina,
Oscura, muy oscura, pero inmaculada,
Es un símbolo y una señal.
¡Cómo se extiende sobre los árboles
El misterio de los misterios!

TE VI UNA VEZ, UNA SOLA...

Te vi una vez, una sola, años atrás;
No diré cuántos, aunque no fueron muchos.
Fue en julio, a medianoche, la luna llena,
Elevándose como si fuera tu alma, se abría,
Rauda, camino cielo arriba. De su halo,
una sedosa llovizna de luz plateada
Caía tibia, soñolienta y quedamente
Sobre los rostros vueltos de las mil rosas
De un jardín encantado que la brisa
Sólo osaba visitar de puntillas;
Caía sobre los rostros vueltos de esas rosas
Que, a cambio de la amorosa luz, se desprendían,
En un éxtasis final, de sus almas fragantes;
Caía sobre los rostros vueltos de las rosas
Que, embelesadas por ti y por la poesía
De tu presencia, morían con una sonrisa.

Toda vestida de blanco, te vi reclinada a medias
Sobre un lecho de violetas; la luna, entre tanto,
Bañaba los rostros vueltos de las rosas y el tuyo,
Vuelto también aunque ay, con aflicción, hacia ella.
¿Acaso fue el destino (ese destino que a menudo
Solemos llamar aflicción) quien, esa medianoche de julio,
Me retuvo junto al portal del jardín para que oliera

El incienso que desprendían las rosas? No había eco
De pisada alguna: el mundo odiado dormía; todos
Salvo tú y yo. (¡Oh cielos! ¡Oh Dios! Cómo sublevan,
Al juntarse, esas dos palabras mi corazón.) Todos
Salvo tú y yo. Me detuve... eché una mirada...
Y de pronto todas las cosas se esfumaron
(Aquél era un jardín encantado, ¿recuerdas?).
El resplandor perlado de la luna se disipó;
Los bancos mohosos y los sinuosos senderos,
Las flores alegres y los árboles vencidos
Cesaron de existir; incluso el aroma de las rosas
Sucumbió en brazos del aire adorable. Todo,
Todo expiró menos tú, todo salvo tú:
Salvo la luz divina de tus ojos,
Salvo el alma de tus ojos elevados.
Sólo a ellos vi, para mí fueron el mundo.
Sólo a ellos vi, sólo a ellos durante horas.
Sólo a ellos mientras brilló la luna.
¡Qué historias lastimosas parecían destilar
Esas celestiales y cristalinas esferas!
¡Qué oscura congoja! ¡Qué sublime esperanza!
¡Qué mar de orgullo silencioso y sereno!
¡Qué osada ambición! ¡Y qué profunda,
Qué insondable capacidad para amar!

Pero al fin la noble Diana se retiró
Hacia su lecho occidental de nubarrones;
Y tú, un fantasma, te escabulliste también
Por la arboleda sepulcral. Sólo tus ojos permanecieron.
No deseaban irse: aún no se han ido. Aquella noche

Iluminaron mi solitario regreso a casa y, desde entonces,
Al contrario que mis esperanzas, no me abandonan.
Siempre me siguen, me han guiado a través del tiempo;
Son mis ministros, yo soy su esclavo. Su cometido
Es iluminar y dar tibieza; mi deber
Es ser salvado por su brillante luz,
Purificado por su ardor electrizante,
Santificado por su fuego elíseo.
Tus ojos llenan de belleza, que es esperanza, mi alma
Y titilan, lejanos, en el firmamento. Son las estrellas
Ante las que me hinco en las vigilias solitarias;
Mas en la diáfana claridad del día también los veo:
¡Son dos dulces luceros del alba que centellean
Sin que el sol pueda extinguirlos!

LEONORA...

¡El vaso se hizo trizas! Desapareció su esencia
¡Se fue, se fue! ¡Se fue, se fue!
Doblad, doblad campanas, con ecos plañideros,
Que un alma inmaculada de Estigia en los linderos
Flotar se ve.

Y tú, Guy de Vere, ¿qué hiciste de tus lágrimas?
¡Ah, déjalas correr!
Mira, el angosto féretro encierra a tu Leonora;
Oye los cantos fúnebres que entona el fraile;
ahora ven a su lado, ven.
Antífonas salmodien a la que un noble cetro
Fue digna de regir;
Un ronco De Profundis a la que yace inerte,
Que con morir
Indignos, los que amábais en ella solamente
Las formas de mujer
Pues su altivez nativa os imponía tanto,
Dejasteis que muriera, cuando el fatal quebranto
Se posó sobre su sien.

¿Quién abre los rituales? ¿Quién va a cantar el Réquiem?
Quiero saberlo, ¿quien?
¿Vosotros, miserables de lengua ponzoñosa

Y ojos de basilisco? ¡Matásteis a la hermosa,
Que tan hermosa fue!

¿Peccavimus cantasteis? Cantasteis en mala hora,
El Sabbath entonad;
Que su solemne acento suba al excelso trono
Como un sollozo amargo que no suscite encono
En la que duerme en paz.

Ella, la hermosa, la gentil Leonora,
Emprendió el vuelo en su primera aurora;
Ella, tu novia, en soledad profunda
¡Huérfano te dejó!

Ella, la gracia misma ahora reposa
En rígida quietud; en sus cabellos
Hay vida aún; mas en sus ojos bellos
¡No hay vida, no, no, no!

¡Atrás! Mi corazón late deprisa
Y en alegre compás. ¡Atrás! No quiero
Cantar el De Profundis majadero,
Porque es inútil ya.

Tenderé el vuelo y al celeste espacio
Me lanzaré en su noble compañía.
¡Voy contigo, alma mía, sí, alma mía!
Y un peán te cantaré!

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros

Edgar Allan Poe

Acaso le hagan mal.

No turben con sus voces la beatitud de un alma

Que vaga sobre el mundo con misteriosa calma

Y en plena libertad.

Respeto para el alma que los terrenos lazos

Triunfante desató;

Que ahora luminosa flotando en el abismo

Ve a amigos y contrarios; que del infierno mismo

Al cielo se lanzó.

Si el vaso se hace trizas, su eterna esencia libre

¡Se va, se va!

¡Callad, callad campanas de acentos plañideros,

Que su alma inmaculada del cielo en los linderos

Tocando está!

EL CUERVO...

Cierta noche aciaga cuando, con la mente cansada,
Meditaba sobre varios libracos de sabiduría ancestral
Y asentía, adormecido, de pronto se oyó un rasgido,
Como si alguien muy suavemente llamara a mi portal.
"Es un visitante –me dije–, que está llamando al portal.
Sólo eso y nada más."

¡Ah, recuerdo tan claramente aquel desolado Diciembre!
Cada chispa resplandeciente dejaba un rastro espectral.
Yo esperaba ansioso el alba, pues no había hallado calma
En mis libros, ni consuelo a la pérdida abismal
De aquella a quien los ángeles Leonor podrán llamar
Y aquí ya nadie nombrará.

Cada crujido de las cortinas purpúreas y cetrinas
Me embargaba de dañinas dudas y mi sobresalto era tal
Que, para calmar mi angustia repetí con voz mustia:
"No es sino un visitante que ha llegado a mi portal;
Un tardío visitante esperando en mi portal.
Sólo eso y nada más".

Mas de pronto me animé y sin vacilación hablé:
"Caballero –dije–, o señora, me tendréis que disculpar
Pues estaba adormecido cuando oí vuestro rasgido

Y tan suave había sido vuestro golpe en mi portal
Que dudé de haberlo oído", ¡y abrí de golpe el portal!..
Sólo sombras, nada más.

La noche miré de lleno, de temor y dudas pleno,
Y soñé sueños que nadie osó soñar jamás;
Pero en este silencio atroz, superior a toda voz,
Sólo se oyó la palabra "Leonor", que yo me atreví a Susurrar...
Sí, susurré la palabra "Leonor" y un eco volviólá a nombrar.
Sólo eso y nada más.

Aunque mi alma ardía por dentro regresé a mis aposentos
Pero pronto aquel rasgido se escuchó más pertinaz.
"Esta vez quien sea que llama ha llamado a mi ventana;
Veré pues de qué se trata, qué misterio habrá detrás.
Si mi corazón se aplaca lo podré desentrañar.
¡Es el viento y nada más!".

Mas cuando abrí la persiana se coló por la ventana,
Agitando el plumaje, un cuervo muy solemne y ancestral.
Sin cumplido o miramiento, sin detenerse un momento,
Con aire envarado y grave fue a posarse en mi portal,
En un pálido busto de Pallas que hay encima del umbral.
Fue, posóse y nada más.

Esta negra y torva ave tocó, con su aire grave,
En sonriente extrañeza mi gris solemnidad.
"Ese penacho rapado –le dije–, no te impide ser
Osado, viejo cuervo desterrado de la negrura abisal;
¿Cuál es tu tétrico nombre en el abismo infernal?"

Dijo el cuervo: "Nunca más".

Que un ave zarrapastrosa tuviera esa voz virtuosa
Sorprendiéndome aunque el sentido fuera tan poco cabal,
Pues acordaréis conmigo que pocos habrán tenido
Ocasión de ver posado tal pájaro en su portal.
Ni ave ni bestia alguna en la estatua del portal
Que se llamara "Nunca más".

Mas el cuervo, altivo, adusto, no pronunció desde el busto,
Como si en ello le fuera el alma, ni una sílaba más.
No movió una sola pluma ni dijo palabra alguna
Hasta que al fin musité: "Vi a otros amigos volar;
Por la mañana él también, cual mis anhelos, volará".
Y dijo entonces: "Nunca más".

Esta certera respuesta dejó mi alma traspuesta;
"Sin duda –dije–, repite lo que ha podido acopiar
Del repertorio olvidado de algún amo desgraciado
Que en su caída redujo sus canciones a un refrán:
"Nunca, nunca más".

Como el cuervo aún convertía en sonrisa mi porfía
Planté una silla mullida frente al ave y el portal,
Y hundido en el terciopelo me afané con recelo
En descubrir qué quería la funesta ave ancestral
Al repetir: "Nunca más".

Esto, sentado, pensaba, aunque sin decir palabra
Al ave que ahora quemaba mi pecho con su mirar;

Eso y más cosas pensaba, con la cabeza apoyada
Sobre el cojín purpúreo que el candil hacía brillar.
¡Sobre aquel cojín purpúreo que ella gustaba de usar,
Y ya no usará nunca más!

Luego el aire se hizo denso, como si ardiera un incienso
Mecido por serafines de leve andar musical.

“¡Miserable! –me dije–. ¡Tu Dios estos ángeles dirige
Hacia ti con el filtro que a Leonor te hará olvidar!
¡Bebe, bebe el dulce filtro, y a Leonor olvidarás!”.
Dijo el cuervo: “Nunca más”.

“¡Profeta! –grité–, ser malvado, profeta eres, diablo alado!
¿Del Tentador enviado o acaso una tempestad
Trajo tu torvo plumaje hasta este yermo paraje,
A esta morada espectral? ¡Mas te imploro, dime ya,
Dime, te imploro, si existe algún bálsamo en Galaad!”
Dijo el cuervo: “Nunca más”.

“¡Profeta! –grité–, ser malvado, profeta eres, diablo alado!
Por el Dios que veneramos, por el manto celestial,
Dile a este desventurado si en el Edén lejano
A Leonor, ahora entre ángeles, un día podré abrazar”.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

“¡Diablo alado, no hables más!”, dije, dando un paso atrás;
¡Que la tromba te devuelva a la negrura abisal!
¡Ni rastro de tu plumaje en recuerdo de tu ultraje
Quiero en mi portal! ¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho y tu sombra del portal!”

Dijo el cuervo: "Nunca más".

Y el impávido cuervo osado aún sigue, sigue posado,
En el pálido busto de Palas que hay encima del portal,
Y su mirada aguileña es la de un demonio que sueña,
Cuya sombra el candil en el suelo proyecta fantasmal;
Y mi alma, de esa sombra que allí flota fantasmal,
No se alzaré... ¡nunca más!

LAS CAMPANAS...

I

¡Escuchad el tintineo!
La sonata del trineo
Con cascabeles de plata!
¡Qué alegría tan jocunda nos inunda al escuchar
La errabunda melodía de su agudo tintinear!
¡Es como una epifanía,
En la ruda racha fría,
La ligera melodía!
¡Cómo fulgen los luceros!,
¡Verdaderos reverberos!,
Con idéntica armonía
A la clara melodía
Cintilando, cintilando, cintilando,
¡Cómo los cascabeles
van sonando!
Y en un mismo son, son único,
Que iguala un ritmo rúnico,
Los luceros siguen fieles
Cascabeles, cascabeles, cascabeles
El son de los cascabeles,
Cascabeles, cascabeles, cascabeles

Cascabeles,
¡El son grato, que a rebato, surge en los cascabeles!

II

Escuchar el almo coro
Sonoro
Que hacen las campanas todas,
¡Son las campanadas de oro
De las bodas!
¡Oh, qué dicha tan profunda nos inunda al escuchar
La errabunda melodía de su claro repicar!
¡Cómo revuela al desaire
Esta música en el aire!
¡Cómo a su feliz murmullo
Sonoro,
Con sus claras notas de oro,
Se aúna la tórtola con su arrullo,
Bajo la luz de la luna!
¡Qué armonía
Se vacía
De la alegre sinfonía
De este día!
¡Cómo brota
Cada nota!,
Fervorosamente, dice
La felicidad remota
Que predice.
Y a la voz de una campana, siguen las de sus hermanas
Las campanas,

Edgar Allan Poe

Las campanas, las campanas, las campanas, las campanas,
Las campanas, las campanas, las campanas,
En sonoro ritmo de oro, de almo coro, ¡las campanas!

III

¡Oíd cual suena el bordón!
El bordón
De son bronco
Que pone en el corazón
El espanto con su son,
Con su son de bronce, ronco.
¡que tristeza tan profunda nos apresa al escuchar
Cómo reza, gemebunda, la fiereza del llamar!
Cómo su son taciturno,
En el silencio nocturno
Es grito desesperado
Que no es casi pronunciado
¡De aterrado!
Grito de espanto ante el fuego
Y agudo alarido luego,
Es un clamor que se extiende,
Que el espacio ronco hiende
Y que llama,
Que defiende
Y que clama, clama, clama,
Que clama pidiendo auxilio
En tanto que ve el exilio
De aquellos que el fuego, ciego y arrollador, empobrece
Y el fuego que ataca y crece,

Mientras se oye el ronco son,
El somatén del bordón,
Del bordón, bordón, bordón
¡Del bordón!

¡Cómo el alma se desgarrar
Cuando el son del bordón narra
La aflicción
¡De aquellos que arruina el fuego!
Y, cómo nos dice luego
Los progresos que hace el fuego,
Que va a tientas como ciego.
El somatén del bordón,
¡Que es toda una narración!
¡Oh, la tempestad de ira
En la que el bordón delira
Y en que convulso, delira!
El alma escucha anhelante
La queja que da el bordón
Con su son.
El bordón que da su son,
El bordón, bordón, bordón,
¡El bordón!
Que es toda una narración el somatén del bordón
Del bordón, del bordón, del bordón
Del bordón, del bordón, del bordón
¡Del bordón!
El grito ante el infinito, cual proscrito, ¡del bordón!

IV

¡Escuchad cómo la esquila,
Cómo el esquilón de hierro,
Llama con voz que vacila,
Al entierro!
Qué meditación profunda nos inunda al escuchar
La errabunda y gemebunda melodía del sonar
¡Cómo llena de pavora
Su son en la noche oscura!
¡Cómo un estremecimiento
Nos recorre el pensamiento
Que provoca su lamento!
Cuando sueña
La grave esquila de hierro, con su lúgubre toquido,
Con su lúgubre toquido que la medianoche llena,
¡Es que las almas en pena
Se han reunido!
¡Oh, la danza
Al son que toda la esquila,
En una noche intranquila,
Su tijera de luz lila,
Tocando en visión del Juicio la noche sin esperanza!
Entonces, ya no vacila
La grave voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
Sino que suena furiosa,
Con su voz cavernosa,
Y, en un mismo son, son único,

Que iguala un ritmo rúnico,
Algún ronco rayo truena
Y se alumbra con relámpagos la noche sin esperanza,
Mientras las almas en pena
Giran, giran su danza
Bajo la triste luz lila.
Y en tanto se oye la grave, la grave voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila, de la esquila,
Y en el mismo son, son único,
Que iguala un ritmo rúnico,
Mientras se oye, la triste, la triste voz
De la esquila,
De la esquila,

Furibundo rayo truena,
El relámpago cintila
Y los espectros en pena
Danzan al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
Y en un mismo son, son único,
Que iguala un ritmo rúnico,
Danzan al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
¡De la esquila!,
Y mientras que el rayo truena,
Que el relámpago cintila
Y que con furor terrible, danzan las almas en pena,

Edgar Allan Poe

Se oye la voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
La voz de cuento lamento ¡de la esquila!

Acerca del Autor

Edgar Allan Poe

Edgar Allan Poe nació en Boston, Estados Unidos, en enero de 1809. Fue escritor, poeta y crítico. Se lo suele presentar como el maestro del relato corto, en especial de cuentos de terror y misterio.



Su vida fue corta y accidentada. Sus padres lo dejaron huérfano de niño y fue criado por John Allan, un hombre de negocios. Estudió en un internado privado en Inglaterra. Después de regresar a Estados Unidos, en 1820, siguió estudiando en centros privados y asistió a la Universidad de Virginia durante un año. Su afición a la bebida y su desgano por el trabajo lo volvieron inconstante tanto académica como laboralmente. Se casó en 1836, con su prima. Publicó algunos textos críticos y también poemas y cuentos. En 1847 falleció su mujer y él mismo cayó enfermo; sobrevivió malamente hasta que murió, en octubre de 1849.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.